



café-conciertos y más tarde radios como violinista pues como tantas mujeres de su patria tenía una heredada afición musical. Pero en algunas ocasiones se encontraba con quienes habían conocido a Grela, la otra, la desventurada hermana de la madre de Joseph y de acuerdo con la lógica de la realidad que muchas veces no es la más verdadera, le negaban trabajo en guarda del prestigio de sus establecimientos o se le ofrecían en condiciones inaceptables, inclusive exigiendo la compensación de su cuerpo que ella rechazaba siempre [roto] la fuerza de su aún joven anhelo de redención. Y cuando al fin encontró trabajo en una ínfima sala cinematográfica que quiso atraer a las menestras y a las tenderitas del barrio no sólo con la seducción de los amores romanescos y felices y de los ambientes lujosos que prodigarse en los filmes. Sino también con la seducción de una orquesta que les repitiera la música de moda, esa música que entonces escuchaban con frívolo arrobo y que tocada varios años después les daría una emoción que ni aun las grandes sinfonías saben dar; el trabajo que allí obtuvo estaba tan mal remunerado que no abastecía sus necesidades por más reducidas que ellos se habían vuelto. Si no hubiera sido por el dinero que le

dejara Joseph, sus apuros habrían sido desesperantes.

Melancólicamente hubo de pensar muchas veces cuán poco era lo que la sociedad pagaba por el trabajo honradamente hecho y cuanta prodigalidad en cambio se tenía con el vicio. Lo que ella ganaba en un mes o dos ahora, lo había acostumbrado ganar en una noche en su antigua vida. Entonces a pesar de todo tenía que vestirse con insinuantes trajes de seda, imitar la vida de diversión de tanta mujer que nunca conoció y de lejos la miseria y el hambre.

Providencialmente supo una tarde por don Tulio el setentón dueño del cinema que pensaba transformarlo en sala de espectáculos, en una especie de Cabaret. Le iba a dar el nombre de «La Bella Italia», hacía pintar en las paredes con colores chillones una noche de luna veneciana y la entrada a Roma de los Garibaldi armaba a toda prisa un escenario. La fiebre [ilegible] de la postguerra [ilegible] a todos los [ilegible] de aquel puerto, se popularizaban costumbres que algunos años antes hubieran parecido inverosímiles, la disminución de las trabas morales y tradicionales, se exhibía también desde los teatros de barrio.

Don Tulio propuso a Grela que formara parte de su compañía de variedades le ofreció un considerable aumento de sueldo. Grela

guardaba cierta gratitud a don Tulio a pesar de (su) descuidada vida. Había un Tulio prendado de su mujer, corpulenta, criolla que lo dominó a gritos, tenía una hija única que habíase casado con un abogado sin pleitos, acoderado a los reales de la italo-cholita y ahora después de infinitas aventuras en la montaña, en la campiña y en la ciudad, después de haber sido contrabandista, labriego y pulpero su único placer consistía en ir los domingos con sus amigos a jugar bochas en la pequeña huerta que se había comprado.

Grela aceptó la propuesta, sabía bailar, su voz aunque pequeña era armoniosa, con ese encanto que suele hacer a veces las lámparas de aceite más gratas que los grandes focos eléctricos podría cantar algunas de las canciones de su patria lejana que en aquel sitio sonarían como algo exótico y por eso interesante dentro de la melancolía que hubiera puesto en ellas, de acuerdo con su rostro mismo que aun tenía una expresión de ingenuidad y que estaba adquiriendo una dulce belleza pensativa. Además como el dinero de Joseph ya se estaba acabando; su nueva situación económica solucionaba el problema.

Pero la misma tarde en que debía debutar, don Tulio la quiso hacer suya. Grela se resistía con ira acrecentada por la sorpresa. Si hay otras que me piden que yo haga esto para entrar ellas aquí la gritó don Tulio en un paroxismo brutal que no podía haberse [ilegible] en él y le propuso enseguida con una serenidad artificial tenerla permanentemente de querida. Ella, la que se había olvidado de amar huyó horrorizada porque todos los hombres eran en el fondo iguales a los otros porque su aún latente belleza de mujer era fuente de [ilegible] de deseos impuros, porque su belleza unida a su pobreza eran un obstáculo fatal en el camino que anhelaba recorrer un obstáculo aun más terrible que su propio pasado. ■

UNA IMAGEN DE LA BIBLIOTECA NACIONAL

Jorge Basadre

La estampa de la Biblioteca Nacional, tan familiar para los estudiosos hasta mayo de 1943, es ahora un recuerdo que va esfumándose y embelleciéndose con el tiempo hasta que nadie viva para evocarlo. La puerta de entrada abríase a la calle de Estudios; y, al atravesarla, se ingresaba en un claustro con sobrios portales en los cuatro lados y un amplio espacio descubierto en el centro. Era la clásica vista de un convento antiguo lleno de una nobleza que los pretenciosos edificios modernos no suelen tener. A la izquierda, en toda el ala de los bajos, estaba el Archivo Nacional con sus altos y empolvados muebles de madera, llenos de expedientes. La Biblioteca ocupaba sólo el centro y el ala derecha del edificio en ese piso. Una escalera de mármol, también al extremo derecho del patio, conducía a los altos, donde hallábanse las salas de conferencias y de sesiones y la biblioteca de la Sociedad Geográfica, en mi época no muy frecuentada. En ese piso vivió don Ricardo Palma con su familia.

Antes de entrar en dicho establecimiento, hallaba el visitante en los últimos años anteriores al incendio, la columna sobre la que se erige la cabeza del tradicionista, esculpida por Piqueras Coto. Un pequeño corredor daba acceso, a la derecha, a la sala de la Dirección; a la izquierda a un depósito de revistas; y, al fondo, al salón de lectura. La Dirección tenía sólo los muebles necesarios, sin ostentación alguna y en sus estantes de madera guardábanse algunos documentos considerados muy valiosos, como los tomos correspondientes al archivo Paz Soldán, las memorias del general Luis La Puerta y los folletos de la colección Zegarra. Un retrato de don Ricardo Palma, obra de Teófilo Castillo, pendía de la pared, detrás del modesto escritorio del Director. La sala de enfrente, jamás abierta, albergaba colecciones no leídas de revistas europeas, en su mayor parte españolas y francesas, que se repartían en las estanterías insertas en la pared del piso y en un altillo al que se subía por una escalera de caracol perteneciente a la misma armazón. Más el fondo y colindante con el Archivo Histórico, hallábase una segunda sala de depósito, sin estanterías, donde en su suelo estaban hacinadas, en enormes montones, revistas europeas, la desencuadrada mayoría perteneciente a los años posteriores a 1912 y anteriores a 1918. Entre ellos hallé alguna vez *El Motín*, periódico anarquista de Barcelona, seguramente de la época en que fue Director Manuel González Prada. ■

Jorge Basadre. *La vida y la historia*. Lima, 1975, 622 p.